



Miguel Hernández en Orihuela, su tierra natal.

LA VIDA INTELECTUAL ESPAÑOLA EN EL PRIMER DECENIO DE LA POSTGUERRA

Este trabajo va destinado a una serie que se propone el balance de nuestros hechos culturales en un amplio lapso de tiempo. La etapa o fracción temporal que me corresponde reseñar se caracteriza por tener su arranque en una conmoción de vastas proporciones, destructora y dispersiva que, en su primer momento, no deja sobre el solar español sino residuos de la etapa precedente y éstos sometidos a condiciones muy limitativas. Hay también, naturalmente, alumbramientos y promociones. Pero sin la comparación entre el «antes» y el «después», nada de lo que tenemos que interpretar sería comprensible. Así,

aunque dispensado de la reseña detallada que doy por cumplida, el dato al que acabo de aludir me obliga, por lo menos, a considerar sumariamente el valor y volumen de los bienes perdidos.

Varios autores —particularmente Pedro Laín y Julián Marías— han «recontado» en más de una ocasión aquellos bienes lentamente acumulados a partir, sobre todo, del último cuarto del siglo XIX. Me remito a sus balances.

Es indudable que, con lagunas considerables, la cultura española estaba en creciente, manteniendo el ritmo de acumulación exigente que se aceleró en el 98. La creación literaria iba en cabeza. La Universidad era brillante: en Derecho y en Medicina había grandes maestros. En Filosofía y Letras —lo ha documentado Marías con cumplidos alegatos— se daba una de las densidades de calidad más altas de Europa. La segunda enseñanza era aún muy minoritaria, ciertamente. Pero el esfuerzo de renovación pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza había sido notable y fecundo. Como en el orden de la investigación, la Junta de Ampliación de Estudios, dominada por

DIONISIO RIDRUEJO

la misma Institución, había acabado con las angosturas de la autarquía cultural dogmática. La escolarización básica era insuficiente. La República española puso en su ampliación un empeño formidable. Es este el aspecto menos discutible de su historial, aunque el de la escuela fue uno de los puntos de ataque más intensos de la media España que había de salirse con la suya. ¿Era además considerable la atención intelectual de la población española? Seguramente no. Puede decirse que la vida intelectual española acentuaba su calidad, pero realizaba lentamente su expansión cuantitativa. Incluso en el sentido del incremento numérico de los núcleos irradiantes, la «burguesía ilustrada», creadora y receptora principal de aquella vida, era pequeña y en muchas provincias microscópica. No hay que decir que si en una situación como ésta venía a incidir el cataclismo que reduciría a menos de un tercio el personal productor de cultura e impondría barreras de incomunicación entre éste y la masa receptora, el resultado sería desolador.

La vida intelectual española

debía partir, pues, en 1939, de una situación enormemente pobre y además recelada y recelosa. Este es el hecho. Llevaba hasta razón Francisco Umbral en condenar, días atrás, la estúpida evocación del tiempo «camp», de los años cuarenta, cuando esta evocación toma un aire nostálgico y no satírico o de leal crítica histórica. Los años cuarenta fueron, para la base más amplia y sumergida de la población, años de dolor, hambre, vejación y miedo en un régimen de «salvoconductos» para viajar y de «cartillas» para adquirir miserables raciones alimenticias. Fueron también años de euforia frívola, ofensiva, en la reducida clase, profundamente vulgarizada, de los mandarines sin respeto y los ricos especuladores. He vivido la mayor parte de esos años —1941-1948— en ausencia o en retiro forzoso, lo que limita mi posibilidad testifical. Pero aun mirados por un agujero y con cristal de esperanza, si bien cada vez más deslustrado, fueron años para no recordarlos con entusiasmo.

En orden a nuestro tema, durante casi toda la década las notas características serían éstas: la investigación y la enseñanza se convierten en empresas oficiales

LA VIDA INTELECTUAL ESPAÑOLA EN EL PRIMER DECENIO DE LA POSTGUERRA

de un Estado dogmático que con frecuencia las delega a una Iglesia de cruzada. Sin duda se emplea un considerable arsenal de aportaciones materiales para restaurarlas, pero su vida interior es enteca, confinada, censurada y dirigida a sus fines por algo muy distinto del impulso libre sin el que toda vida intelectual tiende a hacerse rústica o de menor oficio. La especulación teórica —verse sobre temas metafísicos o sociológicos— se hace penosa por sus condicionamientos doctrinales y la presión de una censura de inspiración predominantemente eclesiástica (fui jefe de propaganda y la censura de libros, por trámite, entraba en mi jurisdicción formalmente, pero, salvo excepciones, nunca pudo decidir mi subordinado en la materia, porque las resoluciones venían normativizadas al detalle desde una misteriosa Junta eclesiástico-civil que operaba de modo soberano, y mantenía en vigilancia estrecha al ejecutor correspondiente). Las mismas limitaciones se daban para la literatura propiamente dicha, producida o importada. Nada que estuviera en el índice romano, por ejemplo, podía publicarse en España. En cierta ocasión hubo una reclamación alemana porque no podían publicarse ciertas obras de Goethe. Por lo que se refiere a los órganos de difusión, los que no eran oficiales estaban oficializados de hecho, como lo estaban las escuelas, los colegios y la Universidad, en las cuales la jerarquía eclesiástica tenía (y el principio fue recogido en el Concordato de 1951) una potestad censoria.

Esto para los que quedaban o aparecían. ¿Pero cuántos quedaban? ¿Y cómo aparecían? Muertos, depurados, inhabilitados o

voluntariamente inhibidos, quedaban fuera de campo quizá los dos tercios de nuestros universitarios, profesores de instituto, maestros, investigadores, profesores, escritores puros, divulgadores, traductores. Desaparecieron las revistas de anteguerra, incluso algunas triviales. De los periódicos matutinos de Madrid sólo quedó «ABC». (El mismo «Debate» fue condenado, aunque se substituyó por «Ya».) Los de la tarde nacieron o volvieron con

nueva redacción. De los periódicos de Barcelona subsistió alguno más, si bien a «La Vanguardia» se la apellidó «Española», y a la «Solidaridad», «Nacional» en vez de «Obrera», pasando al dominio del sindicato oficial. Se suprimieron los centros de estudio, publicaciones y editoriales de carácter autonomista en todas las regiones con idioma propio. El número de libros publicados en vernáculo —a partir de 1942— fue tasado con celo.

Esta era la situación, vista a grandes rasgos. Pero los grandes rasgos dejan en sus entresijos muchas cosas cuya simplificación no es tan fácil. Ningún régimen político, sea cual fuere, puede

Vuelve, hasta donde es posible, Herrera. Quizá el arquitecto más significativo de este período es Gutiérrez Soto, a quien se debe el Ministerio del Aire.





«La familia de Pascual Duarte», de Cela, una bomba en un edificio idealizante.

renunciar a los instrumentos de la vida intelectual. Para entenderse con la realidad hace falta la ciencia, para utilizarla se necesita la técnica, para sostener el entramado social hay que pensar sobre él y hay que mantener en su seno los sistemas de comunicación, arte incluido. Un régimen como el nacido de la guerra civil tenía que aspirar a poseer un aparato cultural propio, suyo. Ahora bien, el instrumento cultural, aunque pueda ser controlado, no puede ser nunca propiedad estricta de un régimen político y hasta me parece que el marxismo ha exagerado creyendo que puede serlo de una clase. Una cosa es usar, manipular, utilizar y otra poseer realmente: hacer propios el saber y los medios de expresión. Estos vienen de antes y van más allá que sus utilizadores. Hay en ellos elementos inasibles y fines propios. Si se investiga la realidad, la realidad manda y es quimera pretender que obedezca. Si se piensa, es imposible que el pensar sea mera corroboración de lo que se ha dogmatizado. El pensamiento es crítico o se convierte en algo inútil. Si se habla, se escribe, se pinta, se construye, es difícil que el que habla, escribe

o realiza formas sea un médium, un puro transmisor. Todas estas delegaciones pueden darse hasta cierto punto. Pero luego lo doblegado salta o muere. En resumen, el aparato intelectual es siempre un riesgo para su mantenedor, incluso si éste es muy celante. Después de 1939 hubo, claro es, no sólo intelectuales «descastados», no sólo intelectuales sometidos y condicionados, sino también —valiesen lo que valiesen— intelectuales integrados voluntariamente y participantes en las esperanzas y proyectos que el hecho consumado traía consigo: viejas figuras ya presentadas o «valores nuevos» revelados en la conmoción (durante algún tiempo, sólo la fidelidad promovía). Pronto se vio que estos elementos —grupos, personas—, integrados en el sistema resultante, eran de dos especies diversas, y no sólo por razón de ideología, sino también de talante, actitud o constitución psicológica. A una de las especies podemos llamarla integrista en su doble connotación religiosa y nacional. Se trataba de los contrarrevolucionarios, de los restauradores de la célebre «España eterna» que, por supuesto, nadie ha conocido nunca, porque la

eternidad no es la Historia. Repito que no se trataba sólo de una cuestión ideológica; por eso no será difícil establecer que había contrarrevolucionarios teóricos —digamos un Pemán— a quienes el integrismo no les era «natural». En cambio, había contrarrevolucionarios de talante —intolerantes, inquisitoriales, integristas— en el sector «moderno» falangista —pienso en un Izurdiaga— o en el sector católico políticamente vaporoso: pienso en un Martín Sánchez. Y había gentes de talante «liberal» entre los confesos de ideología fascista. Así, pues, habrá que referirse a grupos muy concretos.

Para los integristas, y, de otro modo, para los fascistas, está claro, la autonomía de la vida intelectual sería un cuento chino y su valor sería, como en los mejores tiempos, ancilar o, como en «la nueva era», parte instrumental de la nueva ideología. Había, claro, que tener una técnica y por lo tanto una investigación, pero garantizándose la fidelidad y la ortodoxia de sus ejecutores. En buena medida, ese criterio selectivo inspiró el montaje del Instituto de Investigaciones Científicas y —no tan rigurosamente— la reorganización universitaria. Laín ha explicado bien el catálogo de las exclusiones de los legítimos herederos de Cajal y Cabrera —por ejemplo— en el dominio de la investigación biológica y física. Tovar ha hecho la crítica de otros dominios del aparato. De la filosofía no hay que hablar. Exclusión de la filosofía crítica —empezando por el orteguismo— y sujeción a la sierva tomista de la teología. Con la enseñanza elemental o media, ¡cuidado! Se hubieran deseado una literatura, una pintura, una arquitectura apoloéticas o de simbolización. Eso era más difícil.

La otra especie de los integrados veían las cosas de otro modo. Para ellos —el corrector de pruebas puede corregir, si quiere, «nosotros»—, la vida intelectual

LA VIDA INTELECTUAL ESPAÑOLA EN EL PRIMER DECENIO DE LA POSTGUERRA

tenía valor propio. ¿Que también aquí se la quería hacer servir? Sin duda. Hoy sería hipocresía negarlo. Pero para que sirviese tenía que ser auténtica y esto excluía tanto los tabúes preventivos como los condicionamientos indiscretos e inhabilitadores. Me parece evidente que esta especie intelectual «en el sistema» se movió desde el principio por un cálculo certero —y atemorizado— de las grandes pérdidas que en cantidad y calidad la guerra había causado en el cuerpo intelectual del país. Había, pues, que recuperar todo lo recuperable. Y la recuperación exigía una confianza en la lealtad de la inteligencia, no tanto respecto a la situación política como respecto a su propia función. Llenar de personal incualificado las jaulas de oro de una ciudad de la investigación o las aulas de la enseñanza no iba a servir para nada. Hacerse definir y apogetizar por idiotas no valía la pena. Ahora bien, para rehuir ese riesgo había que aceptar el otro y conceder confianza, y por lo tanto, «alguna» libertad, a todo valor intelectual recuperable. Este grupo rechazaba la dicotomía de los fieles y los infieles y oponía a ella el criterio de la competencia. Lo que vale, vale, venga de donde venga. O, como decía Machado, «la verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero». Por otra parte, no se creía en el adamismo cultural. En un país de formato reducido en el campo intelectual hay lo que hubo, y lo acumulado —aun siendo estimable— no era sobrante. Ya era bastante lo que la irreparable muerte o el voluntario extrañamiento habían restado. Así, pues, recuperar lo recuperable era el problema adecuado. Nadie —ni los más lejanos a aquella empresa— ha negado que el llamado «Grupo de Escorial» se dis-

tinguió por su voluntad de salvar y recuperar todo valor anterior genuino, incluso los que no se consideraban integrables. Unos centenares de científicos, pensadores, médicos, técnicos, arquitectos, artistas, escritores amenazados de proscripción, saben bien quién hizo posible su reintegración a la vida de trabajo y muchas veces a la vida académica. Y quién hizo posible que el nombre y la obra de muchos maestros incluso ausentes o muertos— de las generaciones anteriores no les fueran hurtados a los que entonces nacían a la vida intelectual.

No se consiguió así por completo el «acabóse» de la cultura liberal española, aunque la vida de sus naufragos recobrados fuera poco segura y hasta limitada durante varios años. Gracias a ello —sin descartar el imperio mismo de la vida o la fuerza de

las cosas— pudo recomenzar, antes de que los cuarenta finalizaran, una vida intelectual digna de ese nombre en España. Pero vamos ahora a otra cuestión. La de considerar qué formas, estilos, preferencias fueron manifestándose entre 1939 y los arranques de esa vida intelectual progresivamente incrementada y qué novedades y cambios se dieron en ella.

En otro lugar he escrito que, a la luz de un juicio por los resultados, el estrato más profundo y determinante del enfrentamiento de 1936 fue socio-económico. Sobre este estrato se montaron un segundo estrato religioso —bajo el supuesto arcaico de una identificación entre confesión religiosa y sociedad nacional— y un tercer estrato, el más declamado, de nacionalismo trascendente, centralista y tradicional. El retrotraimiento a épocas pasadas de supuesta o efectiva plenitud para buscar el modelo óptimo de una nación es, en rigor, contradictorio, pues la nación es concepto contemporáneo y en alguna medida naturalista, mientras los na-

«Estilo del tiempo» casi no existe más que en «Eugenio», de García Serrano.





Zunzunegui enlaza con la tradición novelística (a la izquierda) y Gonzalo Torrente Ballester, novelista no suficientemente valorado (foto de la derecha).

cionalismos extremos han sido en nuestro siglo movimientos retrospectivos de un culturalismo flagrante. En todo caso, esta idea de la gran España pasada-futura influyó enormemente no sólo en las ideas, sino en los frutos de la época que comentamos. En el orden de la investigación histórica, una objeción a los Reyes Católicos o a Felipe II hubiera sido considerada en aquellos años sacrílega. En las canteras del pasado se van a buscar tanto denominaciones políticas —«fueros», «cortes», «donceles», «procuradores», «regidores», etcétera— como principios de Derecho Público, formas y temas poéticas y modelos arquitectónicos. Como veremos también, el teatro menos ramplón de aquellos días fue reviscente. La diferencia con épocas inmediatamente anteriores fue, en el aspecto de la revalorización del pasado, cosa de grado, modo e intención. Porque lo cierto es que ya una escuela histórico-crítica como la de Menéndez Pidal había sido nacionalista, a la manera liberal, con algún toque neorromántico, y los poetas de la generación del veintisiete (aceptamos para entendernos recetas acuñadas) habían resucitado a su modo a nuestros clásicos populares o cultos. Lorca revive el romance y cancionero, Alberti extrae de Gil Vicente buena parte de la inspiración formal de sus primeros libros. Guillén —el más unido a la línea mallarmertiana y moderna

de la poesía— reacuña la décima. El Miguel Hernández de «El rayo que no cesa» es gongorino, etcétera. El espacio que va desde el arranque iconoclasta de las vanguardias ultraísta, creacionista, etcétera, a la entrada del surrealismo es, de un modo u otro, tradicionalista en el mejor sentido de la palabra. Aun Neruda jura por Quevedo justo en los mismos años (1934-1935) en que yo me dejo ganar por él y ha comenzado ya el diluvio de sonetos que llegará hasta su colmo en los primeros años de posguerra. Pero ahora no se trata sólo de formas, sino incluso de géneros o modelos poemáticos. Rosales hace una recalada en su trayectoria pasando de la poesía «religiosa» de los últimos poemas de «Abril» a la «sacra» de su «Retablo» navideño. Yo mismo resucito la Fábula —no sin precedentes próximos—, así como la Egloga y el Reloj o «Relox» de clásicos o barrocos (hablo, como quien dice, de lo que tengo más a mano, pero los ejemplos pueden multiplicarse cuanto se quiera). Un Siglo de Oro idealizado y traducido a una modernidad más sensual y romántica es la primera tierra de muchos de los poetas del grupo hoy llamado del 36. Siguiendo en el campo de la poesía, el movimiento iniciado por «Escorial» se convierte en algo programado y oficializado en la revista «Garcilaso», cuyo grupo aparece presentado por Juan Aparicio, en una

página del primer o segundo número de la revista «El Español». La presentación tiene aire polémico. Ignora al grupo anterior (Rosales, Vivanco, Panero, Díaz Crespo, etcétera) y presenta al grupo juvenil como réplica a la poesía «inhumana» de la anteguerra. Sucede esto en las postrimerías de 1942. Yo lo leo en mi confinamiento de Ronda. Habrá que insistir, sin embargo, en el hecho de que ni las formas predominantes neoclasicistas o neobarrocas —incluso en su forma más acentuada: el sonetismo— nacen con la guerra, ni los poetas que las practicaron se identifican todos por esa moda ni, en fin, van a quedar fijos o aprisionados en ella. En el soneto clasicista hemos incurrido ya con predilección Hernández, Vivanco, Panero, Bleisberg y yo mismo. Pero también ha sucumbido García Lorca a su tentación. Y Gerardo Diego prepara su «Alondra de verdad» desde, al menos, la época de su antología contemporánea, cinco años atrás. Algo parecido cabe decir de Dámaso Alonso, Alberti, de Adriano del Valle y otros varios. En cambio, Vivanco y Panero publican en la inmediata posguerra poemas abiertos de carácter intimista, ya se trate de intimismo religioso, biográfico, geográfico, amoroso o familiar. ¿Este repliegue al intimismo, que rápidamente dominará la temática y las formas expresivas del grupo del 36, denuncia ya un principio de desilusión tras el momentáneo fervor nacionalista de que antes hablábamos? En todo caso hay que consignar también que la entrega de los poetas del sector nacionalista al entusiasmo ideológico o a la militancia es de menor volumen y profundidad que el registrado en el sector opuesto. Son poetas menores y circunstanciales los que principalmente escriben poesías de guerra o de directo compromiso. De alguna calidad sólo se producen muestras de esa actitud en algunos poemas de Foxá, en un cancionero «apócri-

LA VIDA INTELECTUAL ESPAÑOLA EN EL PRIMER DECENIO DE LA POSTGUERRA

fo» de Rosales, en el fallido poema épico de Pemán, «La bestia y el ángel»; en la corona de sonetos a José Antonio y —¿por qué no decirlo?— en mi «Oda al 18 de julio», acompañada de una veintena de sonetos más o menos heroicos. De otra parte, Antonio Machado y León Felipe, Alberti y Hernández, Aleixandre y Sereno Plaja, Benjamín y Emilio Prados, Herrera Petere y Altolaguirre, crean los precedentes vivos de la futura poesía social comprometida, sin citar, claro es, a los americanos Neruda, Guillén, Paz o Vallejo. La desproporción en cantidad, calidad y decisión con que los poetas —en cuanto tales— reflejan las esperanzas históricas de uno y otro bando no se da sólo en razón del mayor número y calidad de los comprometidos con una parte, sino también de la mayor reserva o desgana de los comprometidos con la otra. Es así normal que, salvo pocos ejemplos, el toque de nacionalismo tradicional que hemos reconocido antes tenga mucho más de evasivo que de entregado. Los temas amorosos, religiosos, paisajísticos, etcétera, son dominantes. Puede pensarse que el lema «hagamos un mundo nuevo» ha encendido más la llama poética que el «reanudemos la historia de la España auténtica», donde «auténtica» no quiere decir de mañana, sino de ayer. Nada menos «historificado», en efecto, que el panorama poético medio de los años 39 y 40 en España.

El talante nacionalista-restaurador, compatible en muchos de nosotros con una esperanza futurista renovadora (que pronto caerá en la forma de la desilusión: si se me sigue permitiendo el uso del testimonio «que tengo más a mano» precisaré que mi «Elegía en el umbral de la madurez» está escrita en Barcelona en 1943 y ya tiene precedentes en muchos poe-

mas escritos por lo menos un año atrás), tiene su correlato no sólo en el camino de la historia y de la filosofía de cátedra, sino de modo más visible en el campo de las artes plásticas, y especialmente en el de la arquitectura. No hay mucho que recordar en la pintura de esos primeros años. Benedito, Zuloaga, Sotomayor, Aguiar, siguen lo conocido, con incursiones en el retrato oficial o en muralismo simbólico. Solana queda al margen y a los Picasso o Miró se les ignora. Se despierta un cierto interés por la pintura monumental. Vázquez Díaz no necesita salir de su camino. Palencia ensaya un momento de pintura idealizante y pitagórica. Cosío depura su intimismo. Los jóvenes atienden aún principalmente a la ilustración y el dibujo, terreno en el que ya se había destacado José Caballero uniendo su nombre al de García Lorca. En el mismo punto trabaja José Romero Escasi. Con la cultura pasa algo parecido. En general, el aislamiento es considerable. Seguramente es Eugenio D'Ors, que hacia 1943 fundará su «Academia breve», el mayor suscitador de novedades y experiencias del decenio que ha empezado. La arquitectura multiplica ahora su actividad pero frena su evolución, muy viva en vísperas de la República y muy animada —aunque las crisis económicas no permiten un gran despliegue constructivo— durante ésta. A quien desee documentarse sobre la situación de ese arte, tan significativo socialmente, le remito al polémico pero bien documentado libro de Oriol Bohigas y a los escritos de Fernando Chueca. El racionalismo antidecorativo, que se bate con tendencias más eclécticas durante esa época, queda en suspenso. Los arquitectos más eminentes de anteguerra —Sert

y Zuazo— salen de España, el uno para más de veinte años, el otro para unos cuantos, regresando muy mediatizado. De los arquitectos «de punta» más jóvenes, unos emigran, como Bergamín, y otros tuercen rumbo, como Mercadalo. Muguruza —que ocupa un alto puesto oficial en el oficio— se despide de la vida con una obra suntuaria casi aberrante. En general, tanto en Barcelona como en Madrid se vuelve a una arquitectura «de orden», de intención clasicista, reminiscente y adornada. La Dirección General de Zonas Devastadas consume en la íntegra y por lo tanto libre reconstrucción de pueblos enteros, un repertorio de reproducciones de modelos castizos, en general tomados de la arquitectura rural del XVI y el XVII, aunque, naturalmente, hay excepciones. En Madrid se vuelve decididamente a los Austrias. Ladrillo en los paramentos, piedra en hueco, cornisas, cornisamientos y molduras. Vuelve la pizarra, sacada de los ricos filones de Bernardos que ya sirvieron para El Escorial. Vuelve, hasta donde es posible, Herrera. Quizá el arquitecto más significativo del período es Gutiérrez Soto, que «calca» el monasterio filipino —con muchas más ventanas y con materiales mixtos— en el Ministerio del Aire. El estilo afecta a buena parte de la reconstruida Ciudad Universitaria. El neobarroco «disfraza de antiguo», declamando, la impertinente mole del rascacielos de la plaza de España. Tampoco falta el neoclásico en imitaciones del antiguo palacete de la Moncloa o en «villas romanas» de uso frívolo o serio. El estilo gana a los decoradores. Yo mismo hablé alguna vez, harto de merengues, de un «neoclásico de escayola». En Cataluña, la reconstrucción religiosa difunde un neobizantino bastante desgraciado, que aun se empeora en otros sitios. El compromiso herrero-marxista de los Nuevos Ministerios, proyectados y comenzados a construir por Zuazo,

sufre transformaciones, con quebranto de su ascetismo funcional. La onda tradicional, con algunos compromisos racionales o utilitarios, dura casi todo el decenio. Ni siquiera falta algún remedo «nazi». Le Corbusier es un nombre remoto.

Dejo para el final, adrede, una breve consideración sobre las otras manifestaciones de mayor valor testifical —junto a la arquitectura— que emanan de la vida intelectual: la novela, el teatro y el cine. Ya hablamos de una cierta «crisis» de la novela posbarojiana. La novela intelectualista y metaforizante, o bien arbitraria y humorística de estirpe ramoniana, no había roto del todo

—alguno de ellos fecundísimo y aún con las manos en el telar— lleva sobre sí el signo estético reviviscente que otorgábamos, al menos por un momento, a la poesía de la inmediata posguerra. Tampoco concuerdan con el tono «de nuevo mundo antiguo» las novelas-crónicas de «Cuénteme usted su caso», inevitables en el período, y entre las que destaca el «Madrid de Corte a checa» de Foxá, cuyas pretensiones son velleinclanescas. Verdadero «estilo del tiempo» casi no existe más que en el «Eugenio» de García Serrano, que, sin embargo, muy poco más tarde, y en un libro ardorosamente partidista, «La fiel Infantería», da estilísticamente el

lizante que, como una burbuja, se ha levantado sobre los horrores y esperanzas de la guerra. Me refiero al «Pascual Duarte» de Cela. Pero sobre eso habré de volver, porque es «otra historia»: la del «deshielo». El teatro, ¡Dios mío, el teatro! La iniciativa pública —no escondo la mano— lanza el modelo del teatro «de director» con la Compañía Nacional, poco después desdoblada. También en este campo los primeros pasos son neobarrocos. Se trata de «volver», empresa en la que, de algún modo, había precedido la experiencia de García Lorca en «La Barraca», aunque ésta buscó más bien la reencarnación que el facsímil. El Teatro Nacional, dirigido en su primera fase por Luis Escobar, se estrena con unos autos sacramentales y sigue por bastante tiempo con repertorio clásico. Un poco más adelante, Enrique Lluç —al que sucederá G. Luca de Tena— comparte las responsabilidades de Escobar, quedándose con los géneros tradicionales, mientras este último comienza otra escalada con la interpretación renovadora de traducciones. En conjunto es de justicia decir que ese teatro de director —cargado al gasto público— introduce en las formas de representación teatral formas de decoro «nunca antes conocidas», salvo en el teatro experimental o de «misión» y en la compañía de Margarita Xirgu. Pero aunque en el teatro se haga eso, el teatro no es eso. Lo que triunfa es un teatro a veces de propaganda ideológica y más veces de halago y diversión burguesa. A un extremo —con toda su delgadez—, el más digno es el de López Rubio y, con menos firmeza, el de Pemán; al otro, el vulgarísimo de Torrado. Quedan, sí, algunos ancianos persistentes. Pero, ¡cómo quedan! En conjunto, la etapa que va del 39 al 40 es una de las más mediocres de nuestra historia teatral.

Una excepción interesante la



Benjamín Palencia ensaya un momento de pintura idealizante y pitagórica.

la continuidad del género. Y en la anteguerra asomaban plumas nuevas, algo más vueltas hacia la trama de la realidad y al mismo tiempo más poéticas. Ejemplos máximos podrían ser los de Sender y Ayala, aún jóvenes. De estirpe más galdosiana parecía la producción —que en gran parte quedó «aquí»— de novelistas de edad y calidad diversa, como Ledesma Miranda, Zunzunegui o el desterrado Barea. Inflexión distinta llevaba el acento neorromántico del ramoniano Samuel Ros. Casi ninguno de estos novelistas

salto —quizá el primero— al realismo «comprometido». La tendencia reviviscente —novela de «receta» bizantina y renacentista— que se escribe entonces está aún inédita: es la «Rosa Krüger» de Sánchez Mazas. La prosa rítmica y barroca de los Mourlane o Montes, e incluso la más intensa de Santa Marina corresponde a la misma tendencia, pero queda al margen del género. En rigor —traición del genio— será el más deliberado proyectista de una novela neobarroca el que ponga la primera bomba al edificio idea-

LA VIDA INTELLECTUAL ESPAÑOLA EN EL PRIMER DECENIO DE LA POSTGUERRA

constituye el teatro de ideas de Torrente Ballester, que no conoce las tablas y se entierra en los libros. Ha comenzado por ser un teatro para «la nueva era». Luego, a partir del «Lope de Aguirre», intentaría ser un teatro de desmitificación. Pero no entra en juego. Su calidad excede al encuadramiento en la costumbre.

El cine, que casi parte de la nada, vive una fatigosa etapa de autoconstitución, enormemente mediatizado. Todo el mundo conoce las pocas figuras que se salvan y las muchas que se embozonan en aquella etapa.

Podríamos seguir nuestra descripción por otros campos. No es necesario. Nos limitaremos a consignar un hecho. Todo eso es fugaz, y así como el encofrado político construido por la guerra va a dar muestras de larga duración, con pequeños retoques fisonómicos a través de los cambios de la circunstancia internacional en que parecía apoyado, el integrista o tradicionalismo cultural que parecía dominar el tono de la vida intelectual de España entre los años 39 y 42 salta por los aires con una cierta facilidad. Las condiciones externas no han cambiado en cuanto la censura y un cierto dirigismo desganado sigue ejerciéndose formal o informalmente hasta hoy mismo. Pero la vida intelectual es cosa viva, no manufactura política. ¿Qué es lo que hace desmoronarse a aquella imaginaria coherencia pasadista, dogmática, concebida —en los casos de mayor inocencia e ilusión— como el alma nueva de un nuevo cuerpo? Ante todo, la realidad misma. Su fuerza. Pero no sólo eso. He hablado, además, de dirigismo desganado. Las estructuras favorecidas por el resultado de la guerra creen que debe existir una máquina intelectual e incluso propende a uti-

lizarla, pero en rigor no se han interesado por ella, no la han tomado en serio, la han considerado adorno de fachada. Ello las priva o excusa de intervenirla a fondo. Por añadidura, el aislamiento de España no puede ser rígido. Cierto es que los estudiosos, los artistas, los escolares viajan poco hasta 1950. Pero la frontera no es de hierro, sino de brezo. Entra el aire.

Gracias a esta triple circunstancia: la improbabilidad de poder desrealizar al hombre, la falta de fe del sistema en cualquier imagen cultural —incluida la suya— y la flojedad de las barreras aislantes, empezará a manifestarse un cierto grado de «contestación» en la atmósfera intelectual creada. Muchos de los intelectuales del sistema —digámoslo de paso— llevaban ya en su seno miasmas de infidelidad, como, discutiendo conmigo, anotó clarivamente don Jorge Vigón, una de las columnas del sector integrista del sistema. ¿Qué no conservarían los asimilados, los admitidos a la comunidad «bajo observación», los simples intelectuales recoletos que se guardaron en la tierra madre, pero no se integraron a sus nuevas superestructuras? Es curioso que Max Aub lleve plena razón cuando, pocos días atrás, ha afirmado que en la marcha cultural de los españoles desterrados —peregrinos— y en la de los que aquí quedamos no se observa, vistas ambas a la altura de hoy, una divisoria profunda, sino más bien una concurrencia y similitud. Ello quiere decir que la tradición cultural —no me refiero ahora a lo remoto, sino a lo tenido e irrefrenable que viene «de» y va «hacia»— puede modificarse y con seguridad se modifica por su propia ley, pero que un trauma —incluso tan fuerte como la guerra civil— no pudo

interrumpirla. Todo lo que hizo es empujarse de momento su caudal y fabricarle unas riberas inconsistentes. Algunos de los del 39 trabajamos para que ese «corte» no fuera efectivo e irreparable, y creo eso no lo niega nadie. Pero el éxito ha sorprendido —y hasta quizá arrollado en alguna medida— a la propia empresa.

Las etapas que se suceden con alguna rapidez a lo largo del decenio de los 40 podrían ser así: primero, el conformismo; segundo, la independencia; tercero, la contestación condicionada. Harán falta unos años más y un cierto aflojamiento de los controles censorios para que se llegue a una libertad y espontaneidad irreprimible aunque no permitida. Es ya el período de los años cincuenta, período que se caracteriza por una creciente recuperación de antecedentes silenciados por una copiosa importación de materiales foráneos fecundantes y por un denodado forcejeo para obtener soltura de lengua.

Ya hemos visto cómo el conformismo, sincero y esperanzado o aceptado por fuerza y con resignación, fue —por lo que se refiere a las expresiones culturales— flor de un día. Limitémonos a unos hitos en poesía que van marcando su liquidación. En mayo de 1944 comienza a publicarse la revista «Espadaña», que se opone —salto atrás y adelante— al movimiento garcilacista, que había dejado entre paréntesis, pero continuado en una de sus líneas, al más complejo de Escorial. El mismo año se publica «Sombra del paraíso», de Vicente Aleixandre. La casa del poeta, que mantiene la embriaguez de la palabra en formas abiertas y con momentos surrealistas para la expresión de una dialéctica amorosa, panteísta y material, se convierte en verdadera academia poética. Una nueva generación (Suárez Carreño, Hidalgo, Hierro, Bousoño, Morales, Gaos, etcétera, y alguno revelado ya en Escorial)



Daniel Vázquez Díaz, en su casa-estudio madrileña, poco antes de morir.

rodea al maestro, aunque no todos le sigan. Dámaso Alonso, el mayor crítico del país, proclama su consagración. Luis Rosales recibe en su casa a José María Valverde —el otro nuevo revelado y rebelado—, pero es que Rosales «comunica» por su canal más vivo —como Vivanco, como Panero, como, en tono menor, yo mismo— con el Machado intimista. Sus primeras rimas han dejado atrás el «Retablo». «La estancia vacía» de Panero —aun en Escorial— no dejaba lugar a dudas. Vivanco publica en «Adonais» su «Continuación de la vida». Yo, en Ronda, he escrito, en 1942, las primeras «Elegías», expresiones —y no las primeras— de una crisis ideológica que antes que eso es crisis existencial (una cepa de tierra silenciadora va a caer sobre el grupo del 36 —salvo el anticipado y ajeno Hernández—, lo que seguramente no será una desgracia para ninguno de sus miembros, pues la necesitan para la germinación de nuevas semillas). También en 1944, Dámaso Alonso publica sus «Hijos de la ira», el gran libro del decenio. Pronto saltarán a la lid el polémico Celaya y el grupo de los otros poetas del realismo social o testifical, ter-

dencia que culminará con la aparición de Blas de Otero. Los estudios críticos, de otra parte, se han desarrollado. Ahora se va a pasar de la crítica estilística a la contenidista. Estamos en la tercera etapa. Si en la primera el sistema creyó poder adornarse con algunos laureles de una poesía entregada sólo a medias (de poetas que a su vez creían poder hacerle suyo), en la segunda, los viejos y nuevos poetas expresan su distanciamiento de él de manera íntimista. En la tercera, en cambio, muchos de ellos van a sentirse obligados a tomar sobre sí el silencio popular forzoso concibiendo el poema como un arma. No se trata de poesía popular, para el pueblo, como a veces se dijo. El pueblo no está en el nivel de receptividad para el producto intelectual que tal pretensión exigiría. Se trata más bien de una representación o sustitución mesiánica en la que se sugiere lo que es o deberá ser su conciencia. El contexto de donde esta actitud procede es conocido. Válido o no, se impone por algunos años.

Un curso parecido van a seguir la novela, el ensayo y el teatro —y pronto el cine también—, aun-

que éstos con más dificultades. Y las artes plásticas, especialmente la pintura. Por supuesto, las facilidades que pueden encontrar estas manifestaciones estarán en relación inversa a la mayor o menor extensión de los géneros, en el sentido de la difusión. Y también contará la biografía del autor. Un ex combatiente «nacional» podrá decir a las claras lo que un ex combatiente «rojo» sólo podrá decir entre líneas. Y el escritor recién nacido encontrará menos dificultades que el escritor «que vuelve».

En 1943 publica Camilo José Cela, «La familia de Pascual Duarte». Es obra perfecta. A su lado, la siguiente del autor —«El nuevo Lazarillo»— parece un tanteo de recreación neobarroca, con elementos expresionistas procedentes de la experiencia de Valle-Inclán. Ello arrojó una luz retrospectiva sobre el arranque intencional de la novela mejor lograda de nuestros últimos cincuenta años. Pero la novela era lo que era porque sobrepasaba la intención formal. Es poemática y nada realista en el sentido más vulgar de la palabra, pues «hace» realidad de su propia materia. Pero es paradigmática y desmitificadora, como lo serán, en niveles sucesivos, «La colmena» y el «San Camilo». La novela de Cela rompe el esquema galdosiano de los otros novelistas mencionados, prolonga a Baroja corrigiéndole con Valle, pero en definitiva es novedad sin remedio. Después de ella viene otro período que tardará bastante en sacar todas sus consecuencias. «Nada», de Carmen Laforet, es un hito en ese proceso. Precisaré que no creo que la novela realista de acusación y testimonio que triunfará hacia los 50 sea el resultado más fecundo de la hazaña de Cela, que sólo en una línea que pasa por los escritores de gran estilo —Aldecoa, S. Ferlosio— tendrá continuación de progreso. Lo otro es más bien un imperativo ético asumido por encima del designio artístico, y se

LA VIDA INTELECTUAL ESPAÑOLA EN EL PRIMER DECENIO DE LA POSTGUERRA

explica como recurso de manifestación socio-política cuando ésta está en régimen de veda.

El salto al realismo ético —con ese nombre he querido una vez caracterizar una vena de las más abultadas en la tradición literaria española— se da con franqueza y de una vez con la representación en 1949 de «Historia de una escalera», de Buero Vallejo. Tardará algún tiempo en repetirse la hazaña, por razones obvias.

Hacia la misma época, el cine patriótico, adoctrinador o diversivo conoce su primera interrupción —si no su primera pieza aceptable— con el «Mister Marshall» de Bardem y Berlanga.

En las otras actividades intelectuales, el criticismo aparece pronto, aunque dentro de la ortodoxia confesional. Ya «El problema de España», de Laín, lo representa bien. La aparición de los discípulos de Ortega —Marías— disputa el campo al escolasticismo, a costa de muy graves sacrificios personales en aras de la independencia que hoy todo el mundo parece ignorar. Apunta otro nombre nuevo: Aranguren. Y un nuevo estilo en revistas de jóvenes que habitan pero no respetan el campamento de donde surgen. En la crítica literaria, a la que aludimos de paso, «Insula» es un milagroso santuario de la independencia pasada. La filosofía y, en general, el pensamiento sólo conocerán una reactivación importante —fuera de la Universidad— en el umbral de los 50. Y así en otras muchas actividades. Los años posteriores al 51 —que ya no me corresponde reseñar— son de movimiento rápido, aunque hasta 1963 no se aflojan las riendas censorias, que ni estimulaban la creación «pro domo sua» ni permitían la que venía impregnada de elementos de discrepancia.

Una nota síntesis me interesa destacar. En el período que nos ocupa —39-50 y en la década siguiente—, la política ha incidido sobre la vida intelectual española más intensamente que en cualquier otro tiempo de nuestra historia, si se exceptúa quizá la década de 1823 a 1833. Incide tratando de promover, sin verdadera decisión, la formación de un cuerpo intelectual justificador y propagandístico del orden político que la condiciona. Incide mucho más prohibitivamente, imponiendo unos estilos de reticencia y doble sentido que sorprenderán a los historiadores literarios del futuro. E incide también obligando a los escritores, pensadores, divulgadores y artistas a cargar con los menesteres del político y del moralista de modo exagerado. En toda época y lugar, la situación histórica y social impregna al quehacer de la inteligencia. Pero no de un modo imperativo y

por reducción de las opciones personales a un «sí» o a un «no». En nuestro caso, esa presión fue anormal y particularmente reductora. Quizá excitó la creación en algunos campos. Enturbió la crítica en casi todos. Aguzó los ingenios pero contrajo las imaginaciones y lastró el juicio con un barajamiento de valores. La etapa de promoción interesada —1938-43— fue un fracaso. La siguiente, dogmáticamente censoria, condujo a un ensimismamiento que se rompió en la confusión. ¿Llega ahora la época de la criba? Pero el capítulo de la recomposición del cuerpo intelectual español, sólo consumado a medias y con grandes lagunas, queda fuera de mi campo.

Es muy posible que este artículo debiera haber consistido más bien en un balance dilucidador y crítico de lo que de la década de los 40 puede quedar en pie que una descripción de las condiciones y de la línea evolutiva que caracterizan el período. Pero siempre hay que optar. Para volver o seguir al —en— el análisis estamos a tiempo. ■ D. R.

Los jóvenes atienden principalmente a la ilustración y el dibujo, terreno en el que había destacado José Caballero, uniendo su nombre al de García Lorca...

